

## CAPÍTULO I

Corría el año del Señor de 693, el usurpador Sunifredo había rendido Toledo a las tropas del legítimo rey Égica, quien sin tregua y al objeto de dar legitimidad a sus acciones convoca dos concilios: el primero con el objetivo de confiscar los bienes de sus enemigos y el segundo o XVII Concilio de Toledo, para cambiar las leyes que emanaban del Código de Recesvinto. En especial una política antijudía recogida en el controvertido "Tomo Regio" que perseguía, sobre todo, la disgregación de las comunidades judías y la obligación de entregar los hijos de siete años a una familia cristiana.

### Ж

Aquel 15 de noviembre del año 700 no fue un buen día para Sisebuto. Apenas había amanecido cuando le fue entregado el hijo de Isaac, un afamado comerciante de Toledo del que decían era poseedor de poderosos conocimientos mágicos.

Pero la ley era para todos, y maldiciendo se hizo cargo del niño de siete años que le presentaron cubierto con una larga túnica con capucha. Sin ni siquiera mirarlo encargó a un esclavo que lo entregara a las mujeres de su séquito, mientras un coro de plañideras judías, que acudieron a despedir al niño, lloraban desconsoladamente.

Sin mirar atrás aligeró su paso y tomó la dirección de palacio ya que su padre, Égica, había convocado a toda la corte de manera urgente. Subió una empedrada calle haciendo tintinear las cadenas de oro que adornaban su cuello, una de ellas portadora de un grueso medallón con una cruz, y la otra una pequeña y curva daga obsequio de un príncipe de oriente. Jadeante llegó a las puertas de palacio donde se detuvo unos instantes a fin de recuperar el aliento y la compostura, ante la indolente mirada del cuerpo de guardia que no le prestó la más mínima atención.

Decidido atravesó un largo pasillo, e ignorando a cuantos encontró a su paso entró en un repleto salón del trono donde se anunciaba ya la entrada del rey Égica.

El salón no era excesivamente grande ni estaba decorado con opulencia, más bien todo lo contrario, la austeridad tan solo era rota por unos tapices tras las bancadas del trono y en las paredes laterales. La luz, enteramente insuficiente, penetraba por unas altas y estrechas troneras a cada lado de la nave; una breve escalinata de tres escalones daba acceso al trono de madera de olivo profusamente labrado con motivos vegetales, y a izquierda y derecha del mismo cuatro escabeles donde tomaron asiento los consejeros y los obispos.

Una vez ocupara su asiento el rey, dos esclavos se acercaron portando un brasero encendido de forma rectangular que situaron a los pies del monarca para mitigar el frío de aquel mes de noviembre especialmente crudo. El rey recorrió con su mirada el nutrido grupo de notables, que de inmediato miraron al suelo con temor, alguno de ellos tiritando y no solo de frío. El monarca, a pesar de tener ya una edad avanzada, era un hombre de complexión robusta y de una crueldad ampliamente reconocida. Nadie sabía para qué se les había convocado, y todos se sentían inseguros ante las posibles e imprevisibles reacciones del rey.

Égica, con un gesto brusco, quitó la corona de oro de su cabeza y con la mano derecha comenzó a rascarse enérgicamente sus largos y mugrientos cabellos que, sin duda, eran un nido de piojos (hasta bien entrada la primavera era seguro que el rey no abordaría el tema de su higiene

personal, y que podía costar la vida a más de un esclavo si el agua no reunía las características de temperatura adecuadas), mientras tanto usaba una fragancia de fuerte olor aromático que utilizaba sin medida, consiguiendo una mezcla de olor corporal y perfume que le precedía varios metros. El rey hizo una señal con su mano derecha y de inmediato se levantó de su asiento el obispo de Spalis[1] Oppas, segundo hijo del rey, quien desenrollando un pergamino se dispuso a leer, aclarando su garganta previamente con unos casi inaudibles carraspeos.

La voz de falsete del obispo recorrió la sala entre un silencio espeso:

- Yo, Égica, hijo de Hermes Egilón de Tude, rey de Hispania, en este día 15 de noviembre del año 700 de nuestro Señor, ordeno y dispongo que mi hijo primero Witiza sea mi sucesor, y mientras dure mi vida reinará conjuntamente conmigo estableciéndose un gobierno de Regni Concordia. Establecerá su casa en Gallaecia en la ciudad de Tude. A mi segundo hijo Sisebuto le entrego el condado de Coímbra, para que con su buen hacer gobierne a los cristianos que en tan noble ciudad residen. Estos nombramientos que hoy se hacen ante los hombres se realizarán ante Dios en el plazo de cinco días, en la Iglesia de los Santos Apóstoles.

El orador enrolló el pergamino sobre sí mismo, era la incuestionable señal de que su cometido había sido cumplido. Tras unos tensos instantes todo el salón emitió un fuerte aplauso, sucediéndose las felicitaciones a ambos hermanos.

Sisebuto no mostró ninguna emoción en su pétreo rostro - característica ésta que había heredado de su bisabuelo Flávio Teodosio quién fuera conde de la Lusitania -, y dando media vuelta se marchó.

Aquella noticia no le cogía por sorpresa. Desde hacía más de dos años era conocida la preferencia de su padre y el beneplácito que sus planes habían recibido de la Iglesia, él mismo había solicitado su marcha a Coímbra, un exilio voluntario que hubiera deseado se le concediera antes.

**Ж**

Hacia tres jornadas que habían abandonado Toledo y Sisebuto desesperaba. El viaje se le tornaba exasperadamente lento, el séquito, los carros y las mujeres dificultaban enormemente la marcha, tentado estaba de adelantarse con un grupo de hombres dejando el grueso de la tropa con la caravana y avanzar varias jornadas la llegada a su destino.

Atravesaban un paraje de gran belleza, a su derecha el río Anae mostraba todo su esplendor con un cauce muy crecido debido a las intensas lluvias de días anteriores. Todo era una explosión de verdor, los fresnos, álamos y chopos salpicaban la ribera entre zarzas y endrinos. Algo más lejos las encinas dominaban el paisaje, recorrían un terreno llano, tan solo a lo lejos se vislumbraban algunas cumbres, no muy altas, que se confundían con el azul del cielo. Sisebuto espoleó su caballo para acercarse a la vanguardia de la caravana, se situó a la altura de su capitán, un hombre de confianza curtido en mil batallas, diez años mayor que él y cuyo rostro afeaba una gruesa cicatriz que lo recorría desde la ceja izquierda hasta la comisura de los labios atravesando media nariz.

- ¿Nos queda mucho?

El capitán le miró sorprendido, de más sabía su señor la distancia que les separaba de su destino. El soldado no entendía de preguntas retóricas, ni tenía capacidad para intuir que lo que pretendía el malhumorado conde era iniciar una conversación.

- En menos de una jornada estaremos en Emérita. Pero no creo oportuno detenernos.

- Emérita... ¿dónde se proclamó rey a Atanagildo?

- Ciertamente, mi Señor. Tras el asesinato de Agila.

- Sin duda alguna detrás de ello estaba Justiniano.

- Sin duda.

El capitán parecía dar por cerrada la conversación, cosa a lo que no estaba dispuesto el conde que arremetió de nuevo.

- ¿Dónde pernoctaremos, pues?

- Espero mantener el ritmo necesario para que lo hagamos en Villa Aquila.

- Buen aceite se produce en sus lagares.

- Y mejor vino.

- Aprovecharemos para llevarnos algunas tinajas.

Aquella afirmación pareció alegrar al capitán quien intentó esbozar una sonrisa que se transformó en mueca debido a la deformidad de su rostro. Cuando parecía que toda posibilidad de conversación había decaído un bulto pardo atravesó corriendo entre los caballos, haciendo que el del capitán diera dos pasos de lado.

- ¡Maldito niño!

El conde volvió la mirada para ver a aquella menuda criatura cubierta con ropaje gris que ya corría de vuelta hacia los carromatos.

- Es el judío -masculló Sisebuto mientras escupía al suelo-.

El niño estaba destinado a ser esclavo y atender a sus propios hijos, pero dada la temprana edad de estos el conde prefirió no mezclarlos, dándolo al cuidado de una vieja esclava de la que su esposa no se quería desprender, el niño de vez en cuando escapaba de su vigilancia y se dedicaba a recorrer la caravana de arriba abajo.

- Cuando lleguemos a Villa Aquila le aplastas los testículos con dos piedras, a ver si así pierde la fogosidad.

Entregar los niños de siete años no tenía más objeto que impedir la procreación a fin de acabar con aquella raza. Muchos eran los que castraban de forma tan violenta a sus pequeños esclavos.

El capitán asintió con la cabeza, aquella no era una operación demasiado complicada. El conde se dispuso a girar su caballo, y de repente se dio cuenta de que ni tan siquiera sabía cómo se llamaba aquel niño.

- ¿Cómo se llama?

- ¿Quién?

El capitán parecía estar cansado ya de la conversación con su señor.

- El judío.

- ¿El niño judío?

- Sí, el niño judío.

- ¿No lo sabéis vos?

- ¡Maldita sea, si lo supiera no te lo preguntaría!

- ¿No os lo dijo el brujo de su padre?

- ¡No!

El capitán se encogió de hombros, al fin y al cabo, a quien importaba cómo se llamara aquel vástago del infierno.

- Los hombres le llaman Incitatus[2] como el caballo de Calígula, ya que siempre está de un lado a otro.

- ¿Y por qué lleva constantemente la cabeza cubierta?

El capitán volvió a encogerse de hombros, y el conde ante la ausencia de respuesta espoleó su montura.

## **CAPÍTULO II**

Caía la tarde cuando la caravana avistó Villa Aquila. El capitán y el conde se habían adelantado para preparar su estancia, que para el dueño de la villa era de obligado cumplimiento.

Atravesaron una amplia alameda hasta llegar a las puertas de la hacienda donde ya les esperaba su opulento y seboso anfitrión con reminiscencias de patricio romano. Se adornaba de un grueso manto de piel de armiño bajo el cual se adivinaba una túnica plisada color hueso. El obeso individuo, de nombre Próculo, se deshizo en reverencias ofreciendo todo cuanto pudiera interesar a "tan noble señor" ofrecimiento que de inmediato fue aceptado por el capitán, que bajando del caballo demandó vino, deseo que inmediatamente fue cumplido ante los ojos de preocupación del anfitrión, que temía acabaran con el vino que tenía dispuesto para enviar a Cartago. A una señal de Próculo un esclavo se acercó portando un ánfora y copas.

No fue complicado, gracias a la amplitud de espacio, montar el abultado campamento. El obligado Próculo se esforzó en atender a tan ilustres personajes, agasajando al recién estrenado conde con todo el refinamiento heredado de la antigua Roma. Les condujo a través de un primer peristilo hasta un segundo, pero éste porticado y de menores dimensiones, para llegar hasta el oecus de invierno, una estancia dotada de calefacción basada en el modelo utilizado en las termas, allí fueron agasajados con un excelente vino y viandas de todo tipo.

El capitán excusó su presencia pues debía ocuparse de los pormenores de la instalación del campamento; mientras, Sisebuta, olvidándose de todo, incluso de su esposa, se entregó a las delicias que constantemente le ofertaban unas esclavas de singular belleza. Próculo sonreía, pensando que quizás se había excedido con el recibimiento dado la poca disposición de sus "invitados" a mantener una conversación culta y educada, se consoló pensando que al día siguiente se marcharían, según habían anunciado.

## **✂**

A la mañana siguiente un copioso desayuno a base de frutas, queso y sesos de gorrión esperaba a los invitados en la exedra. El conde estaba de un humor de perros, había pasado mala noche

debido probablemente a los excesos de la cena, y ello, a pesar de disponer de la mejor habitación de la villa, el hipocausto[3], dotada de un sistema de calefacción por aire para asombro del propio Sisebuto.

Sentado en la bancada de piedra intentaba agradecer al anfitrión, a su manera, las atenciones recibidas en su corta estancia, mientras se esforzaba en degustar alguna de las delicias preparadas para su agasajo.

De repente, y como una exhalación, una sombra gris atravesó el peristilo perdiéndose entre las columnas. Aquella intromisión acabó de enfurecer al ya malhumorado conde, quien poniéndose en pie ordenó que cogieran al niño inmediatamente. En menos tiempo del que se tarda en narrarlo apareció un soldado sujetando al niño por un brazo manteniéndole en vilo, precedido por el capitán en cuya cara también se apreciaban los efectos etílicos.

- ¡Castradle!

La orden fue tajante, el soldado sonrió divertido mirando a su capitán, y ya marchaban a cumplir el cruel mandato cuando la autoritaria voz de Sisebuto les detuvo.

- Un momento...

Los dos militares volvieron sobre sus pasos con una interrogación plasmada en sus curtidos rostros.

- Aún no sabemos qué cara tiene el judío.

Diciendo esto se acercó al niño y con su mano derecha le arrancó la capucha. Un grito de horror se escapó de su garganta. El soldado soltó al niño que rodó por el suelo. El muchacho no tenía ni un solo pelo en su cabeza, ni en sus cejas,... ni tan siquiera pestañas; estaba extremadamente delgado, pero lo peor era el color de su piel, tan blanca que hacía parecer oscuro el mármol que cubría las paredes de la exedra.

- ¡Es un engendro del diablo! - Exclamó el conde fuera de sí, ocultándose tras el orondo Próculo que no entendía nada-

- No debéis olvidar que su padre era reconocido como un brujo - intervino el capitán -. Alguna maldición debe traer este niño, mi señor.

- ¡Matadle, matadle inmediatamente!

El soldado, que era el que se encontraba más cerca del niño dudó, parecía sopesar de manera rápida si debía temer más a su señor que a un castigo de los infernales poderes que podía poseer aquella blanca, casi transparente criatura. En un inconsciente instinto de supervivencia el chiquillo salió corriendo ante la indecisión de sus captores.

- ¡Cogedle, cogedle que no escape!

Capitán y soldado tardaron unos segundos en reaccionar, los suficientes para que el niño desapareciera de su vista. Salieron de la fortificación preguntando a todos cuantos encontraban y reclutando a algunos más. Todo el campamento corría buscando a Incitatus. El caos era total. El conde, totalmente histérico, llamaba a gritos a la anciana esclava que le había ocultado que el judío era un "monstruo" la desgraciada, ajena a la situación, salió a su encuentro al tiempo que su cabeza rodaba por el suelo mientras su cuerpo, lanzando sangre por el cuello, se mantuvo de pie unos instantes para terminar desplomándose sobre el cuidado camino de cantos rodados.

- ¡Está allí!

La anónima voz provenía de un soldado que señalaba la ribera del río. Inmediatamente la cacería se puso en marcha, un tropel de soldados a pie unos y a caballo otros, se aceleraban para alcanzar al chiquillo.

El niño había dejado de ser niño y se había convertido en un animal acosado, en él no cabían razonamientos, sabía lo que era la muerte y aquellos hombres querían matarle... estaba aterrado. Ante él el río Anae corría con inusitada fuerza comprimido por un breve y estrecho cañón. Cuando ya sentía el aliento de los caballos sobre su espalda cerró los ojos y saltó, su menudo cuerpo fue engullido por las bravías aguas, por unos instantes le vieron salir a la superficie, pero si como de una paja seca se tratara fue zarandeado para ser engullido de nuevo.

El conde jadeante llegó a la orilla mientras el capitán, utilizando su mano como visera, escudriñaba las aguas como si pudiera ver más allá del recodo que bastante más abajo obligaba a la corriente a un brusco giro.

- Se ha ahogado -sentenció-.

- Marchemos de este maldito lugar.

El conde limpió la sangre de su espada pasándola por la espalda de un soldado que ni se atrevió a respirar, y dando media vuelta se dirigió a la villa.

Poco más tarde la caravana prosiguió su camino destino al condado de Coímbra.

✱

Aquel lugar no podía ser más idílico: un manantial de aguas claras y frescas rodeado de naranjos y alcornoques protegidos por la sierra de La Centinela; su umbría proporcionaba un microclima convirtiendo la zona en un lugar próspero. A pesar de que las antiguas herrerías construidas por los romanos apenas daban ya trabajo, las casas de labor se extendían en todas direcciones y como eje transversal de todo ello el monasterio y la aún no terminada basílica del Trampal.

Cristianizar las tierras de Hispania no era tarea fácil. A lo arraigado de los antiguos cultos paganos había que añadir la fuerte implantación del arrianismo, que fue declarado herejía durante el reinado de Recaredo I en el III Concilio de Toledo del año 589. Lo cierto es que 124 años más tarde de ser condenada la filosofía del presbítero de Alejandría continuaba siendo objeto de controversia, así como continuaba adorándose a la Madre Tierra, sin que ello supusiera ningún problema para adorar a Jesucristo.

- Dios no fue Padre desde siempre, sino que hubo un tiempo en que Dios estaba solo y todavía no era Padre. Más adelante llegó a ser Padre... El Hijo no existía desde siempre, pues todas las cosas han sido hechas de la nada, y todo ha sido creado y hecho: el mismo Verbo de Dios ha sido hecho de la nada y había un tiempo en que no existía... No existía antes de que fuera hecho, y Él mismo tuvo comienzo en su creación. Porque, según Arrio, solo existía Dios, y no existían todavía ni el Verbo ni la Sabiduría...

El abad dejó descansar el libro sobre la mesa y guardó silencio, pretendiendo la interiorización de sus palabras, tanto por parte de sus hermanos como de sí mismo. Ocho eran los monjes que sentados alrededor de la mesa no apartaban los ojos de su superior. Éste era un hombre de apariencia fuerte, no mayor de cuarenta años y cuya cabeza se adornaba de largos e

incontrolables cabellos, absolutamente blancos, que contrastaban con una larga barba de color castaño, dónde apenas unas escasas canas hacían su presencia.

La sala donde se celebraba aquella reunión era de una austeridad extrema, de reducidas dimensiones y de paredes de desnuda piedra cuya continuidad solo rompía un escueto ventanuco y dos puertas: una a oriente que daba acceso al refectorio y la cocina, y otra a occidente que daba acceso al dormitorio común. El edificio estaba a unos cincuenta metros de la Basílica de tres naves, cuya apresurada obra estaba casi concluida gracias a los sillares de un templo romano que había ocupado aquel lugar.

A veces pensaba que aquella Basílica era una cárcel hecha a su medida y la de sus monjes. El mantenimiento y propalación de las doctrinas de Arrio estaba prohibido y condenado con la muerte, muerte que sobrevino a su maestro y al maestro de su maestro. Pero la dificultad de cristianizar aquella zona de Hispania había llevado a sus superiores a la pragmática conclusión de que sería más útil en labores de cristianización que muerto.

La Basílica era más bien una trampa de la que nunca saldría, un destierro lejos de los órganos de poder e influencia de la Iglesia.

.-...Dios no siempre fue Padre sino que hubo un tiempo en que Dios estaba solo y aún no era Padre... pero después se convirtió en Padre. El Hijo no existió siempre; pues, así como todas las cosas se hicieron de la nada, y todas las criaturas y obras existentes fueron hechas, también la Palabra de Dios misma fue hecha de la nada y hubo un tiempo en que no existió. Él no existió antes de su origen, sino que Él y otros tuvieron un origen de creación. Pues Dios, dice, estaba solo, y la Palabra aún no era, ni tampoco la Sabiduría. Entonces, al desear darnos forma, Él hizo a cierto ser y lo llamó Palabra, Sabiduría e Hijo, para que pudiera darnos forma por medio de Él...

Su destierro, la muerte de su propia palabra se consumaba en aquella trampa, en aquel Trampal donde igual que se toleraba a Ataecina se le toleraba a él mismo y su desviación del pensamiento ortodoxo, en la seguridad de que poco a poco se diluiría del pensamiento de los hombres, dejando simplemente un lejano recuerdo ante la inmanencia de un Jesucristo, juez implacable.

.- Maestro - el más joven de los monjes atrajo la atención de todos - en este aislamiento ¿cómo podremos verificar que nuestra doctrina continúa viva en Oriente? ¿Cómo sabremos si el presbítero estaba en lo cierto?

El abad se tomó su tiempo, parecía sopesar la pregunta del joven monje, pero en realidad sus pensamientos lo situaban muy lejos, cuando su intento de viajar a Alejandría fue frustrado por sus enemigos que veían aquel viaje como una amenaza a la estabilidad de la recién unificada Iglesia Visigoda.

.- Hace tiempo, hermano, soñé y en mi sueño vi el fuego de Dios y después una voz me dijo que esperara al "Caminante" que blanco como la nieve será el que apagará mi sed sobre Dios y el Diablo, trayendo la Palabra.

.- ¿Qué Caminante, maestro?

Todos miraban al abad expectantes, esperando sus palabras como si de una bendición se tratara.

.- No lo sé. Solo sé que llegará, y cuando llegue lo conoceremos.

### **CAPÍTULO III**

Un estruendo de voces y gritos que se acercaban hizo que los monjes salieran apresuradamente al exterior, casi al mismo tiempo un grupo de campesinos entraban en el recinto del convento. El abad levantó ambas manos pidiendo calma, los campesinos se detuvieron y poco a poco las bocas fueron enmudeciendo escuchándose únicamente el sollozo de un niño.

- ¿Qué sucede? ¿Por qué perturbáis la paz de este sagrado recinto?

Ante las palabras del abad uno de los campesinos se adelantó.

- Perdonadnos abad Caristios, pero traemos ante vos un engendro del diablo, que con toda seguridad es culpable del pedrisco del mes pasado.

- ¿Qué me decís?

- Lo que oís abad, lo encontré Erminda, la mujer de Uvaldo. Ella se disponía a ordeñar las cabras cuando vio el pequeño engendro chupando de las ubres de una de ellas, a los gritos que la pobre mujer profería acudimos los que estábamos cerca y vimos aquel ser diabólico de pequeño tamaño, más blanco que la leche de las cabras, que intentaba huir. Afortunadamente, Uvaldo, que venía corriendo, logró atraparle.

El abad miraba con incredulidad a los campesinos y apartando al vehemente, ilustrativo e improvisado portavoz con el brazo consiguió ver el objeto de tanto desasosiego. Inmediatamente dio un paso atrás mientras palidecía ostensiblemente; casi al unísono todos los presentes dieron a su vez un paso atrás.

El asustado niño albino miraba desconcertado con sus espantados ojos llenos de lágrimas, todo su cuerpo estaba lleno de arañazos y moretones. Unos harapos apenas cubrían su desnudo cuerpo.

El abad tardó algo en reaccionar, cuando lo hizo se acercó al niño y con toda la dulzura de que era capaz le interrogó:

- ¿Quién eres, pequeño?

El niño parecía no entenderle pero se dejó acariciar por la mirada de aquel hombre barbudo y pareció tranquilizarse.

- ¿Cómo te llamas?

La respuesta llegó entrecortada, casi inaudible, de tal manera que el monje se vio obligado a arrodillarse y acercar su oreja a la boca del niño.

- Repítelo.

- Me llamo Jacob... pero los hombres me llaman Incitatus.

El abad se puso en pie visiblemente emocionado y levantó ambos brazos al cielo, su voz rebotó en las piedras del convento perdiéndose su eco en los campos.

- Incitatus..., el rápido, el veloz... el impetuoso, el blanco como la nieve. ¡El Caminante ya está entre nosotros!

✱



El abad jamás hubiera pensado que el Caminante sería un infante tan desvalido y vulnerable como aquel niño que a su vez era judío,... o al menos esa realidad la evidenciaba el hecho de estar circuncidado, ¿qué camino había decidido Dios que debía seguir?.

Había encomendado los cuidados del niño al monje Andulfo, un hombre bonachón y escaso de luces pero fiable y leal cual ninguno. Andulfo provenía de una noble familia toledana que ante la manifiesta falta de talento del joven decidieron entregarlo a la causa divina, con lo que conseguían un doble objetivo: cumplir con la poderosa iglesia y desprenderse de un miembro molesto dado el nivel de los progenitores. La iglesia a su vez se desprendió del joven de pocas luces entregándolo a la tutela del proscrito clérigo Caristios. De aquello habían pasado ya quince años.

Bajo la tutela del abad aquel hombre había crecido, dentro de su simpleza, tanto espiritualmente como humanamente, llegando a ganarse la estima y la confianza de toda la comunidad.

Al Abad le atormentaban sus pensamientos, lo que le hacía, a veces, retraerse retirándose a una cercana fuente donde dar rienda suelta a sus reflexiones. Casi de manera recurrente centraba sus pensamientos en los postulados marcados por Isidoro de Sevilla en su obra cumbre *Etymologiae*[4] y en su filosofía basada en la tabla de las triadas: física, lógica y ética, siendo para él fundamental la física y sus divisiones: geometría, aritmética y música. Le apasionaba el canto hispánico que habían reflejado los cánones conciliares y la organización de estos en los diversos misales, códices litúrgicos y reglas monásticas.

Desde esta premisa había planificado la construcción de la basílica. Todo estaba realizado perfectamente de acuerdo a las armonías musicales, salvo el ábside central, cuyas medidas son simbólicas: el tramo que precede al presbiterio recoge el tono musical 9/8, pero además en su planta se puede inscribir un triángulo equilátero, por lo tanto, de significación trinitaria. La dupla, la sesquitercia[5], el tono y la eurythmia vitruviana[6]; todo estaba contenido, una relación matemática y musical como síntesis y expresión de la perfecta proporción, de la armonía que debe regir el devenir humano.

Todo constituía un clarísimo mensaje para el iniciado muy lejos del pensamiento simple de la sencilla gente de los alrededores... pero no era aquello lo que ocupaba su pensamiento, su gran preocupación era el Caminante; su preparación, su educación, su futuro ¿Qué debía hacer? Estaba convencido de que se encontraba ante una encrucijada, no para él, sino para la humanidad, para la propia Iglesia y para la gloria de Dios. Aquel niño judío tenía claves para él insondables, y que sin embargo, y de alguna manera, él debería dirigir y encauzar. Le daba realmente miedo inculcarle ideas preconcebidas que pudieran condicionar su toma de decisiones y criterios.

El fraile cada vez se sumergía más en sus propias dudas planteándose infinidad de problemas irresolubles que le confundían y enturbiaban la mente. Hacía rato que había anochecido cuando con un sonoro suspiro abandonó su lugar de meditación clamando en voz alta la socorrida frase bíblica:

.- Dejemos que cada día traiga su afán.

Y se alejó con paso apresurado en dirección al monasterio.

[1] Sevilla

[2] Impetuoso, rápido de movimientos.

[3] Aunque a la habitación se le llamaba hipocausto este era en realidad el sistema de calefacción del suelo que ésta poseía. Sistema inventado por el ingeniero romano Cayo Sergio Orata y utilizado, sobre todo, en las termas del Imperio romano.

[4] Las Etimologías son la mejor recopilación de todas las ciencias y materias, conocimientos ordenados de manera sistemática, desde la antigüedad pagana y cristiana hasta el siglo VII, siendo uno de los textos clásicos hasta mediados del siglo XVI.

[5] Es una antigua forma de denominar a una proporción de cuatro tercios ( $4/3$ ). También se la conocía como diatesarón, para indicar que un elemento estaba en una proporción de tres a cuatro

[6] Vitrubio estableció una afinidad entre el hombre y las figuras geométricas, al descubrir que el hombre de pie con los brazos extendidos puede inscribirse en un cuadrado, y si separa las piernas puede inscribirse dentro de un círculo, que tiene como centro el ombligo